

La muerte viva en México: refrán, memoria, cultura y argumentación en situación comunicativa

Josefina Guzmán Díaz

Escuela de Ciencias de la Comunicación
Universidad Autónoma de San Luis Potosí

La muerte viva en México *propone una mirada hacia la cultura de la muerte a través de dos géneros cortos de la oralidad: dicho y refrán. Se estudian sus expresiones dentro del campo semántico-discursivo de la muerte, desde la perspectiva del análisis conversacional y el análisis del discurso. Cultura y refrán nos muestran al hablante mexicano en profunda relación e interacción con la muerte, en algunas ocasiones jugando, en otras enseñando y, por supuesto, también en situaciones serias de muerte. Se presenta una recopilación de los refranes y dichos de la muerte y un análisis discursivo conversacional de uno de ellos.*

Palabras clave: *cultura, memoria, dicho-refrán, campo semántico, muerte*

Fecha de recepción del artículo: marzo de 2004.

Josefina Guzmán Díaz

Universidad Autónoma de San Luis Potosí,
Escuela de Ciencias de la Comunicación,
Av. Karakorum 1245,
Col. Lomas, 4a. Sección, 78215,
San Luis Potosí.

Correo electrónico: josefa_guzman@hotmail.com yjosefaguz@yahoo.com

La muerte viva en México (Death alive in Mexico) offers an approach to the culture associated to death through the investigation of two short genres of spoken language: “dicho” and “refrán”. Its expressions are studied in the semantic-discursive field of death, from the theoretical perspective of conversational analysis and discourse analysis. Culture and “refrán” show us the Mexican speaker in a profound relation and interaction with death expressions, sometimes joking, sometimes teaching, and, of course, also in serious death situations. A set of “refranes” and “dichos” is presented, as well as a conversational analysis of one of them.

Introducción

Es indiscutible la importancia de los estudios histórico-antropológicos acerca del fenómeno de la muerte en la cultura mexicana. En la época prehispánica la muerte es fundamental como deidad, signo calendárico, potencia de la que surge la vida y es, en general, un elemento clave de los rituales y de la cultura toda. Esa matriz se modifica en la época de la Colonia por procesos de eliminación, así como de hibridación y superposición con la religión conquistadora. El resultado se ve reflejado en nuestros actuales mitos, ritos, costumbres, tradiciones, etc., que han sido muy estudiados, pero no desde la perspectiva de la lengua.

Para contribuir a llenar el hueco lingüístico en los estudios sociales y humanísticos, en el presente trabajo me ocupo del objeto discursivo de la muerte y de su expresión concreta en los refranes y dichos en el habla oral en la actualidad.

La cultura del refrán es productora de discursos estereotipados en la conversación. Para Lotman (1996:157) “desde el punto de vista de la semiótica, la cultura es una inteligencia colectiva y una memoria colectiva, esto es, un mecanismo supraindividual de conservación y transmisión de ciertos comunicados (textos) y de elaboración de otros nuevos”. Entendemos por texto, de acuerdo con Lotman, desde el enunciado de un dicho o refrán hasta un libro o la propia totalidad de la cultura.

La memoria de la cultura mexicana es un espacio común donde los textos, y entre ellos los refranísticos, pueden crearse, conservarse y resemantizarse. Nuestra cultura, como toda otra cultura, permite la aparición de ciertos textos y funcionamientos, bloqueando otros. En algunas culturas africanas, por ejemplo, el texto más próximo a nuestro refrán debe ser cantado o participar de una confrontación en que hay un vencedor y un vencido. En el caso mexicano el texto-refrán es un enunciado metafórico, generalmente rimado, que consta de dos o más partes. El dicho, en cambio, es un enunciado de una sola parte, al menos canónicamente, y no posee rima. Nuestro sistema cultural integra y desintegra de manera cotidiana los textos del dicho y el refrán, así como el código para comprenderlos. La memoria no es para la cultura un depósito pasivo de refranes, sino un mecanismo creador en sus diferentes estructuras y campos semánticos, como en el caso relativo a la muerte, que resulta tan extraordinario a otras culturas.

El significado de los refranes es totalmente convencional. Su uso más frecuente está en el universo oral, del que se nutre como fuente primigenia. Al respecto nos dice Ong (1987:18): “Los proverbios procedentes de todo el mundo son ricos en observaciones acerca de este fenómeno abrumadoramente humano

del habla en su forma oral congénita”. Son textos cortos de fácil retención. Su esquema rítmico entonacional facilita el aprendizaje y su reproducción. Los refranes son enunciados que hacen posible la participación interactiva del receptor, quien muchas veces completa la segunda parte mentalmente o en forma verbal explícita: “no hay mal que por bien no venga, ni bien que su mal no traiga”.

La memoria colectiva es usuaria común de los géneros cortos y siempre da la posibilidad al emisor de corresponder con otro refrán o dicho al emitido por el interlocutor. Estos microdiscursos se repiten incesantemente, en las más diversas situaciones, lo que ayuda a fijar el texto en la memoria. El sistema cultural permite la producción y reproducción de los refranes. Sus características intrínsecas facilitan esto, ya que cumplen con varios requerimientos de la compleja actividad de la memoria individual: la cultura nos motiva a usarlos como parte del funcionamiento identitario; forman y retienen un propósito abstracto aplicable a distintos contextos; constituyen en sí mismos un plan y una operación argumentativa entimemática para realizar diversas acciones.

La estructura invariante-variante

En los dichos suele haber elementos variantes e invariantes. La estructura invariante permite a la memoria colectiva la interpretación correcta y la constante reproducción de los textos. El código invariante permite al texto no perder su “carácter” de dicho, y memorizarse y repetirse. Podemos hablar de dos tipos de memoria, la informativa y la creativa: la primera está vinculada con los mecanismos cognoscitivos y la segunda con el arte y los textos activos. Éstos cuentan con una fórmula interna que subyace a los sujetos gracias a la cultura, y dado su carácter colectivo, cuando se dan los olvidos, el receptor, que comparte el código metafórico, puede participar y ayudar a recordar al emisor el texto refranístico olvidado. Si no se recuerda en su totalidad el refrán, hay un acercamiento a la intención y el mensaje o, en el último de los casos, el texto es suplido por otro que tenga la misma intencionalidad.

Los refranes permanecen estereotipados en la memoria, y los participantes de una cultura no siempre tienen conciencia de ella. Los individuos de una cultura normalmente no son capaces de conocer todo el universo del acervo refranístico, pero sí son capaces de reconocerlos, de comprenderlos, de entender la metáfora que comportan y de resemantizar el contenido de acuerdo con el código cultural que comparten. La base semiótica compartida permite al sistema de la lengua el entre-

lazamiento de los textos refranísticos sin perder la comprensión del mensaje y su referencia, aun cuando no se haya escuchado antes.

Los textos refranísticos son atemporales, conservan lo pasado como algo que opera en el presente, es decir, como un pasado no pasado. El papel activo de la memoria es la creación de nuevos refranes y nuevas metáforas para la actualidad, para llevarlas al uso general, desde la creación del texto refranístico hasta su uso cultural. Cuando un refrán pierde actualidad y sale de uso, se olvida. Tanto memoria como olvido y recuerdo son funciones vitales de la cultura. Así, por ejemplo, en la actualidad estamos perdiendo, tristemente, muchos refranes que se asocian con la contemplación de la naturaleza. Y, afortunadamente, olvidamos o incluso excluimos en ciertos ámbitos algunos de los refranes ferozmente sexistas y racistas contra la mujer y el indio, por ejemplo.

Los géneros cortos de la oralidad se adelantan a la dinámica del desarrollo de los códigos. Cuando una persona tiene una competencia cultural adecuada, que consiste en compartir la memoria colectiva, sabe utilizar un discurso. Y cuando decimos discurso nos referimos a un conjunto transoracional con cierta coherencia y cohesión que obedece a determinadas reglas sintácticas, semánticas y pragmáticas, y que remite a prácticas sociales y condiciones de producción específicas.

El refrán es un texto que no es de nadie pero a la vez es de todos, que se inserta de pronto como discurso referido en la propia cadena enunciativa —es, de hecho, un interdiscurso (un discurso que remite a otro discurso)— que funciona con diversas cargas metafóricas y fuerza apelativa. Es decir, tiene las características culturales y sociolingüísticas de un género corto: llámese refrán, dicho, proverbio, frase célebre, etc. El género corto es un microdiscurso que permanece activo en la memoria y que está siempre dispuesto a insertarse en el discurso macro de un determinado cotexto. Por *cotexto* se entiende el texto que antecede y precede al enunciado analizado. En cambio, entenderemos por *contexto* lo que rodea al texto más allá del texto mismo y de una situación comunicativa. Ambos proporcionan las claves de interpretación y hacen posible la comprensión del sentido específico del enunciado, del género corto. Hablar de enunciado, dice Bajtín (1989:256-293), es hablar de expresiones que pueden constar de una palabra, un sintagma o una oración. También pueden constar de una secuencia de oraciones o de uno o más fragmentos de oración incompletos. El enunciado es la unidad real de la comunicación discursiva y es la actualización de la enunciación.

Todo enunciado es un eslabón, en la cadena complejamente organizada de otros enunciados. Las fronteras de cada enunciado como unidad de la comunicación discursiva se determinan por el cambio de los sujetos discursivos. Por más variados que sean los enunciados, según su extensión, contenido, composición, todos poseen, en tanto que son unidades de la comunicación discursiva, unos rasgos estructurales comunes, y, ante todo, tienen fronteras muy bien definidas. Pero este complejo proceso que liga el ayer y el ahora, que nos remite a la cultura y a la memoria colectiva, que significa a partir de su propia estructura y de la referencia al cotexto y al contexto, es en realidad tan habitual y cotidiano que su rico proceso discursivo permanece prácticamente inconsciente para el hablante. Y en ese andar nacen, crecen y mueren los refranes de una cultura, “como sin damos cuenta”. Es así como se expresa cambiantemente el pueblo en su folklore. Como señala Jakobson (1986:8-9):

la existencia de una obra folklórica como tal tan sólo empieza cuando ha sido aceptada por determinada comunidad [y] en el folklore perduran sólo aquellas formas que tienen carácter funcional para la comunidad dada. Por supuesto, una de las funciones de la forma puede ser remplazada por otra. Mas apenas una forma queda sin función, se extingue del folklore...

El refrán es un discurso actual, en el que los integrantes de una cultura comparten una memoria colectiva e insertan sólo aquello que los remite a un discurso todavía vigente e inteligible en el ahora, aunque la figura metafórica que se utilice venga del ayer.

En suma, el refrán es un género corto de origen oral en el cual opera una metáfora discursiva con enorme fuerza apelativa y frecuentes cargas: pedagógica, jurídica, moral, ideológica, política, genérica, etc. Adquiere su sentido pleno de acuerdo con las representaciones imaginarias de hablantes y oyentes (Pêcheux, 1969), opera sistemáticamente como interdiscurso, y adquiere validez y actualización por el cotexto y por las condiciones de producción concretas y la pertinencia en el sistema cultural dado. El uso del refrán es relativamente independiente de su significado literal, aunque éste constituye la matriz de posibilidades de sentido. A cada contexto y cotexto le corresponde resemantizar, actualizar el sentido y dar un acento particular a esa pequeña matriz de discurso que llamamos refrán y cuya elección por el emisor tiene probablemente un considerable grado de inconciencia.

Un campo semántico se integrará en el nivel léxico, a partir del hecho de compartir diversas palabras, un sema nuclear o una relación con cierto prototipo, según la teoría semántica a la que se acuda. En el discurso, un campo semántico tiene que ver con el vocabulario y su combinatoria. Robin (1977), por ejemplo, lo define como “el conjunto de empleos de una palabra o sintagma en un discurso, y para delimitarlos se hace la suma de todas las relaciones que conoce la palabra en un contexto dado”. Aquí entenderemos por *campo semántico* las relaciones que conoce la palabra en el discurso del refrán como una totalidad.

Los refranes son discursos que en el uso cotidiano, es decir, en la oralidad, se llenan de sentidos distintos. Sin embargo, en este trabajo analizaremos sobre todo su textualidad sin contexto que la resemantice. Agruparemos los textos en campos semánticos y sólo estudiaremos un refrán en situación comunicativa.

El campo semántico de la muerte en los dichos y refranes forma parte de un acervo de 1 756 microdiscursos recopilados de la oralidad y en situación comunicativa, desde 1994 a la fecha, restringido únicamente al territorio mexicano.

Campo semántico discursivo de refranes y dichos de la muerte

A mí las *calaveras* me pelan los dientes.

A quien Dios quiere para sí, poco tiempo *lo tiene aquí*.

A ver a un *velorio* y a divertirse a un fandango.

Al diablo la *muerte*, mientras la vida nos dure.

Al fin que para *morir* nacimos.

Al vivo todo le falta y al *muerto* todo le sobra.

Amigos hasta *morir*, pero de prestarte nada hay que decir.

Anda como el diablo en el panteón, de cabrón entre los *muertos*.

Así son las *desgracias*, nunca vienen solas.

¡Ay *muerte*, no te me acerques, que estoy temblando de miedo!

Caite *cadáver*.

Cansado de velar *cadáveres* y no puros *muertos* con cabezas de cerillo.

Cayendo el *muerto* y soltando el llanto.

Chupó faros.

Como ya me he *muerto*, sé lo que es la eternidad.

Consejos y ejemplos que obligan, lo que los *muertos* nos digan.

Cuando estés *muerto*, todos dirán que fuiste bueno.

Cuando me *vaya*.

¡Cuánto me gusta lo negro, aunque me espante el *difunto*!

¿De qué *mueren* los quemados? De
ardor.
De tonto me *muerdo* este año.
De un jalón hasta el *panteón*.
Dio el *muertazo*.
Donde lloran está el *muerto*.
El *muerto* a la sepultura y el vivo a la
travesura.
El *muerto* al pozo y el vivo al gozo.
El *muerto* y el arrimado a los tres días
apestan.
El que ha de *morir* a oscuras, aunque
muera en velería.
El que por su gusto *muere* hasta la
muerte le sabe.
En casa del *ahorcado* no se habla de
la soga
Entre todos lo *mataron* y él solito se
murió.
Era más grande el *difunto*.
Está como para levantar *muertos*.
Estás como la *muerte* de Apango, que
ni chupa ni bebe ni va al fandango.
Estiró la pata.
Hay *muertos* que no hacen ruido y es
más grande su penar.
Huyes de la *mortaja* y te abrazas al
difunto.
La *muerte* es flaca y no ha de poder
conmigo.
Las penas no *matan*, pero ayudan a
morir.
Mas vale *morir* aprendiendo que vivir
ignorando.
Me espanto hasta con el petate del
muerto.
Mientras *el cielo no pises* en la tierra
nos veremos.

Mueres en la raya.
Muerta Jacinta, que se mueran los
guajolotes.
Muerto el ahijado, se terminó el
compadrazgo.
Mujeres juntas, sólo *difuntas*.
No es mala la *muerte* cuando se *lleva*
a quien debe.
No le pido pan al hambre, ni choco-
late a la *muerte*.
No vas a *morir* de parto ni de cornada
de burro.
Poco veneno no *mata*, ni mucho si
no es activo.
Primero *muerto* que *cadáver*.
Primero *muertos* que fuera del
horario.
Se fue para siempre.
Se hace pesado el *muerto* cuando
siente que lo cargan.
Se lo cargó la calaca.
Se lo chupó la bruja.
Se lo llevó el tren.
Se lo llevó la flaca al baile.
Se lo llevó la huesuda.
Sólo el *muerto* sabe lo que son res-
ponsos.
Sólo el que carga el cajón sabe cuánto
pesa el *muerto*.
Sólo los guajolotes *mueren* en la vis-
pera.
Son de los que *muriendo*, *matan*.
Todos nacemos llorando y nadie se
muere *riendo*.
Una vez *muerta* Jacinta los dolientes
se amolaron.
Vale más llorarlas *muertas* y no en
ajeno poder.

Vale más un cobarde en casa, que un valiente en el *cementerio*.

Vámonos *muriendo* todos, que están enterrando gratis.

Vámonos queriendo bien y olvidemos al *difunto*.

Vamos a ver de qué tumba salen más *muertos*.

Velo y *mortaja* del cielo bajan.

Ya alzó los brazos.

Ya colgó el equipo.

Ya colgó los guantes.

Ya colgó los tenis.

Ya emprendió el viaje.

Ya emprendió el vuelo.

Ya enflacó y no es por hambre.

Ya era su hora.

Ya está en el cielo.

Ya estiró la pata.

Ya expiró.

Ya le dieron eran.

Ya me cargaron el muerto.

Ya muerto todos le lloran.

Ya ni en la paz de los sepulcros creo.

Ya no está con nosotros.

Ya nos dijo adiós.

Ya paró su camión.

Ya se enfrió.

Ya se lo chupó la bruja.

Ya se lo llevó la chingada.

Ya se lo llevó la tía chica.

Ya se nos adelantó.

Ya se nos fue.

Ya se petateó.

Yerba mala nunca *muere* y si *muere* no hace falta.

En el mundo del refrán hay ejemplares que constituyen en sí mismos un campo, pero también hay contenidos de una recurrencia que los hacen particularmente interesantes para el análisis. Del campo de la muerte seleccioné los textos que me parecieron más ilustrativos, algunos para efectuar la crítica ideológico-discursiva y otros para su recuperación cultural.

La familia parafrástica de la muerte en estos refranes nos evidencia el uso ideológico-cultural, aceptado y sedimentado en la lengua. El manejo discursivo nos remite a una serie de términos sinónimos y a la comparación con otra serie de sustantivos y adjetivos, unos valorados positiva y otros negativamente.

Sinónimos de muerte

Más allá de las metáforas que se utilizan en los refranes con referencia a la muerte, hay un sinfín de sinónimos que se utilizan para referir a la muerte como un hecho concreto de morir: *defunción*, *colgar* (de ‘ahorcar’), *expirar*, *asesinado*, *parca*, *baja*, *fallecido*, *finado*, *tránsito*, *óbito*, *trance*, *estertor*, *desenlace*, y otras. Estos términos son utilizados de manera literal más que referencial. En cambio,

las metáforas de la muerte utilizadas en el refrán contienen un significado terminal que refiere a un fin de ciclo, a una despedida, a una característica del imaginario real o ficticio del morir. Los términos usados en los microdiscursos están asociados con nombres, verbos y paráfrasis verbales que en contexto remiten a la muerte como final. A partir del campo semántico presentado, podemos encontrar algunos sinónimos de muerte como: *calaca, flaca, huesuda, parca, comadre, muerto, difunto, velorio, mortaja, cementerio, sepulcro, cadáver, desgracia, dar eran, petatear, chupar, expirar, extinguir, cargar, emprender, estar, parar, enfriar, llevar, adelantar, despedir, no estar, emprender, colgar, alzar, llevar, pisar, estirar, ahorcar, caer, tener*.

El campo semántico permite que el objeto discursivo de la muerte genere un gran número de posibilidades, ya que el lenguaje es creativo e interactivo, y hace que los verbos con aspecto terminativo se puedan ligar semánticamente con la defunción. Hay enunciados como *chupar faros*, que nos remiten a una marca de cigarrillos. Son frases que congelan su sentido metafórico absoluto y se convierten en textos idiomáticos de dominio popular, lo que hace que todos conozcamos el significado literal ‘fumar esa marca de cigarrillos’ y por otro lado entender que una situación específica terminó, no únicamente para la referencia a la muerte sino para otras situaciones como la de un trabajo que cumplió su ciclo o un caso de despido, un objeto que deja de funcionar o se rompe, un libro que se terminó de leer; en fin, lo que le da el significado final es el contexto.

Retomemos la definición de Lakoff y Johnson (1986) sobre metáfora: “empleo de una palabra en un sentido parecido a otra”. La metáfora, así entendida, constituye un proceso de sustitución con base en el principio de la similitud, de la semejanza, pero esta semejanza puede estar establecida desde una dimensión denotativa o desde una dimensión connotativa. En este segundo caso es cuando tal mecanismo logra su mayor grado de productividad, de creatividad; además, el proceso de sustitución por similitud conlleva una *selección* de rasgos, de características, de aspectos del término que sustituye. Tales posibilidades de selección, en consecuencia, son el soporte de las infinitas posibilidades de la creación poética en torno a determinados fenómenos culturales y sociales, como en los casos del refrán y del dicho.

Hay dos aspectos que explican la eficacia del funcionamiento retórico en general, y del metafórico en particular, del refrán y el dicho: permiten una gran condensación de las ideas; son un excelente mecanismo de economía del lengua-

je; y permiten romper con el tabú, con la palabra prohibida, con los temas vetados.

Comprendemos la muerte al compararla con otra cosa, con otro término, es decir, sustituyéndola. Es aquí donde se refleja la raíz del núcleo de sentido de la muerte, hay una cercanía de sentidos en casos como: “el cuerpo no es tuyo y hay que entregarlo”, la muerte es fin y se representa con lo que termina: “una visita que se va”, “alguien que está con nosotros y nos deja”, etcétera.

La muerte está presente en los textos refranísticos como un ser interactivo del que se habla y con quien se habla, a quien se reta y se le pide, se le da, o se le niega. Es una presencia implícita y prefigurada en el imaginario de los hablantes y de la cultura en general. Las metáforas de los textos refranísticos no se comprenden independientes de la experiencia. Los valores de una cultura son coherentes con las estructuras de los dichos y refranes aunque hay conflictos ideológicos que tienen que ver con los valores. Los refranes conllevan ideología y poder; una mujer, por ejemplo, difícilmente reproducirá dichos y refranes de ideología “machista” que denigren a su persona, pero si esto sucediera, nos permitiría ver la participación de la mujer en el “machismo” como parte activa de sus valores culturales.

Desde que tenemos la experiencia del mundo, nuestra cultura nos va dotando de la estructura que permite la reproducción de los campos discursivos. De ese modo, cuando reproducimos un refrán o dicho de la muerte, ya estamos preparados para localizar el significado nuclear del texto refranístico.

Algunos refranes son más puntuales y precisos que otros, pero sabemos que están bien reproducidos cuando alcanzan el objetivo en la comunicación. Permiten también construir conceptos abstractos y elaborados que ponen en relieve y dan coherencia a ciertos aspectos de nuestra experiencia, y en ocasiones son la única manera de resaltar y organizar algunos aspectos de la comunicación, ya que pueden crear realidades y ser una guía para la acción. Lo que está en juego no es la verdad o falsedad sino las percepciones e inferencias que autorizan los refranes. Lo importante es la significación y ésta depende de la comprensión. El sentido es siempre un sentido para alguien. El otro tiene de su lado las emociones, los conocimientos intuitivos, la imaginación, los sentimientos, la “verdad” más “elevada”. El refrán asocia razón e imaginación; es una racionalidad imaginativa; hay una objetividad relativa al sistema conceptual de la cultura. La verdad está fundada en la comprensión, es relativa a un sistema conceptual. Las frases no tienen significación inherente y la comunicación no es una transmisión, ya que

pensamos en conjuntos coherentes de metáforas, que imponen una estructura de entidad que está representada en el refrán, pero el límite está en el dominio de los textos que son cultura.

En México la muerte es parte de nuestra cultura y automáticamente de nuestra lengua. Tratar la cultura refranística no es nada accidental dado que los géneros cortos de la oralidad, entre ellos los refranes, se integran en la conversación a la menor provocación posible. Cuentan con temas tan variados que permiten al usuario el manejo de sentidos acordes prácticamente con cualquier situación conversacional que los requiera.

Las metáforas de la muerte están en los temas cotidianos de la cultura mexicana. Primero por la capacidad que se tiene de asociar la muerte con situaciones no sólo fatales sino también cómicas, farsicas y de todo tipo. Así, el mexicano mantiene una convivencia cotidiana y casi familiar con la temida “huesuda”. Pero antes de adentrarnos en materia, en este inicio será pertinente establecer la diferencia teórica entre *dicho* y *refrán*. Esta separación no es reconocida siempre por los hablantes, ya que en el uso no hacen distingo alguno, y refrán, dicho o proverbio no son más que sinónimos que se reproducen y se resemantizan día a día en la cultura mexicana.

Desde una perspectiva de distinción analítica, los refranes son géneros cortos de la oralidad, que tienen una estructura bimembre, es decir, están compuestos por dos enunciados, que usualmente riman entre sí. Muchos de los textos refranísticos tienen su contraparte, como en el caso de “no hay mal que por bien no venga, ni bien que su mal no traiga”. Son silogismos incompletos (entimemas) de una estructura argumentativa que es utilizada para convencer, con la ventaja de que muy pocas veces serán cuestionados. Son textos que la comunidad lingüística conoce. Ésta reconoce su estructura y cómo opera en el habla.

Los dichos son también del orden de los géneros cortos de la oralidad. Tienen una estructura unimembre, generalmente carecen de rima y más bien responden a modismos locales, expresiones dadas o afirmaciones. Aunque los hablantes no hacen distingos, sino raras veces, los dichos son textos que pertenecen al subgénero de los discursos refranísticos (Guzmán, 2000), pero tienen un uso distinto al del refrán ya que sus posibilidades de interpretación son menores y la carga de significado está más en lo literal.

El refrán posee un significado semánticamente actualizable de maneras muy diversas; su núcleo de sentido se resemantiza enormemente al ser utilizado. Los

dichos, en cambio, carecen de significado ampliado y sirven para dar un mensaje que se puede traducir perfectamente en un acto de discurso (Searle, 1990). Cada refrán o dicho puede enmarcarse en un campo semántico que nos lleva al encuentro del significado metafórico o a la sinonimia metafórica que le permite al refrán o al dicho entrar en el sistema cultural que lo asocia con la muerte. Los dichos, por su parte, son metáforas que tienen un referente directo con la muerte, es decir, cuando se dice directamente que alguien murió se utiliza una metáfora: “ya chupó faros”, “ya estiró la pata”, “ya expiró”, etc. En cambio, cuando se utiliza un refrán de la muerte normalmente es para una situación que no tiene que ver con la muerte como un hecho concreto, por ejemplo: “¡ay muerte, no te me acerques, que estoy temblando de miedo!”; este refrán se aplica a situaciones de la vida cotidiana como la falta de dinero, el apremio por entregar un trabajo, etc. Entonces, cuando un individuo reproduce un refrán o dicho con el uso específico mortuorio, hace de la metáfora un elemento activo del sistema lingüístico. Los refranes y dichos conectan al individuo desde la lengua con la cultura, pero para que se dé esta conexión su significado debe estar fijo en la memoria de la colectividad, estableciéndose un intercambio circular constantemente estimulado en la cultura.

Dado que el objeto de la disciplina semiótica es la capacidad de reflexión sobre los modos humanos de construir y transmitir el conocimiento, es interesante observar algunos funcionamientos discursivos e ideológico-culturales del refrán. Los textos refranísticos son un método de evadir la responsabilidad y hacer uso del saber colectivo para transmitir conocimiento y efectuar actos de discurso (pedir, ordenar, prometer, etc.), sin asumir la responsabilidad por ellos. Es decir, el refrán permite al locutor enmascarar su individualidad tras el velo colectivo, y es también por ello, con frecuencia, un medio que rompe con lo establecido y que permite invertir las relaciones de poder, la violación del tabú (ya que en muchas situaciones conversacionales no se puede nombrar a la muerte). Dado que el refrán cuenta con el consenso automático, no puede ponerse en duda ni mucho menos refutarse. Este hecho es de gran importancia para la argumentación. El refrán sirve habitualmente como ley de paso, culturalmente aceptada, para transitar hacia una conclusión. Su impacto se refuerza por la difícil refutación de las metáforas.

Campo semántico de la muerte: dichos

- Ya colgó los tenis (que no los va a usar).
 Ya enflacó (que se hizo esqueleto).
 Ya chupó faros (que el cigarro lo mató).
 Ya le dieron eran (que lo asesinaron).
 Ya se fue para siempre (que inicia un viaje que no tiene regreso).
 Ya se lo cargó la calaca (que se lo “llevó” la muerte).
 Ya se lo chupó la bruja (que la muerte representada por una bruja le quitó la vida).
 Ya se lo llevó el tren (que el tren, la muerte, lo atropelló).
 Ya se lo llevó la flaca al baile (representa una acción irreal que sucede después de la muerte).
 Ya se lo llevó la huesuda (representación de la muerte en calaca).
 Ya se nos fue (que inicia un viaje sin regreso).
 Ya alzó los brazos (dejó de respirar).
 Ya colgó el equipo (el cuerpo como equipo que se entrega al final del “partido” de la vida).
 Ya colgó los guantes (entrega de los guantes al final de la vida como una “pelea”).
 Ya emprendió el viaje (la muerte como principio).
- Ya emprendió el vuelo (el vuelo en representación de la muerte).
 Ya era su hora (la muerte como momento en el tiempo, conclusión de la vida).
 Ya está en el cielo (meta cristiana de la vida muerte-vida).
 Ya estiró la pata (como señal final de muerte).
 Ya expiró (dejar de respirar).
 Ya no está con nosotros (deja de ser viviente y compartir).
 Ya nos dijo adiós (acción de partir, dejar el mundo).
 Ya paró su camión (parar el corazón, dejar de latir).
 Ya se enfrió (perder el calor, señal de muerte).
 Ya subió al quinto piso (cuando el quinto piso no existe. Ir hacia arriba).
 Ya se lo llevó la chingada (que le va mal, que se muere).
 Ya se lo llevó la tía chica (la muerte como la hermana más pequeña de la familia).
 Ya se nos adelantó (que murió primero).
 Ya se petatió (de petate, “tapete” en el que enterraba a los muertos).

Campo semántico de la muerte: refranes

- La muerte es flaca y no ha de poder conmigo (que se es superior a la muerte).
 A ver a un velorio y a divertirse a un fandango (cada cosa a su tiempo, que se quite de ahí).
- ¡Ay muerte, no te me acerques, que estoy temblando de miedo! (que tiene una fecha cercana para cumplir con algo).

Cansado de velar cadáveres y no muertos con cabezas de cerillo (que hasta en los muertos hay jerarquías).

Como ya he muerto, sé lo que es la eternidad (que sabe algo que los demás no saben).

¡Cuánto me gusta lo negro, aunque me espante el difunto! (Que le teme a la muerte —o a alguna otra cosa— pero a la vez le gusta).

Al diablo la muerte, mientras la vida nos dure (que no hay que pensar en la muerte sino en la vida).

Donde lloran está el muerto (que hay señas que especifican que ahí está la muerte, que se tiene algún bien que se niega como el dinero).

El que ha de morir a oscuras, aunque

muera en velería (que la muerte ya está decidida).

Primero muerto que cadáver (es un juego de palabras, una acción que se tiene que realizar).

Vámonos muriendo todos, que están enterrando gratis (ironía de que todo lo que es gratis es bueno).

No vas a morir de parto ni de cornada de burro (se refiere a los hombres cuando no vas a salir dañado).

De tonto me muero este año (que le va muy bien).

Al fin que para morir nacimos (que la muerte es una meta).

Son de los que muriendo, matan (la hipocresía representada por la muerte).

Estos dichos responden a acciones terminadas, a sucesos concretos en un tiempo presente. El adverbio “ya” hace referencia a una acción pasada y concluida, pero narrada en un tiempo presente. A diferencia de los refranes, los dichos refieren a una acción concreta, con un contenido semántico específico, que tratan en su gran mayoría la muerte como hecho consumado en tanto que el refrán tiene una utilidad discursiva más amplia que se resemantiza de acuerdo con la situación conversacional concreta, pero tiene un punto de anclaje claro en su primer significado semántico literal, que al ser puesto en el discurso puede ampliar su cobertura de acción.

Ahora analicemos un discurso en su situación comunicativa, enunciativa y argumentativa concreta (Kerbrat, 1980).

Situación comunicativa

En Tájaro de los Izquierdos, pueblo del estado de Michoacán, México, un médico está parado a la puerta de su consultorio, la cual da hacia la plaza pueblerina. Cuando don Juan, habitante del pueblo y paciente en alguna ocasión del médico, pasa frente al consultorio sin detenerse, ocurre un intercambio de frases:

Médico: ¿Qué pasó con usted, don Juanito?, ya no regresó a la consulta y se tiene que tratar esa diabetes, que no es cosa de juego.

(don Juan, frente al médico, sin detenerse y mirándolo apenas, responde)

Don Juan: No, doctor, yo no le hago caso a la enfermedad, “pus” la muerte es flaca y no ha de poder conmigo.

En esta conversación, que se resume en un intercambio, tenemos sólo dos intervenciones, una que funciona como apertura y otra que es el cierre; el cuerpo está en el segundo movimiento de la apertura, después del saludo:

Médico: abre la interacción y da cuerpo al intercambio.

Don Juanito: responde y cierra.

El guión, en el imaginario del médico, correspondería virtualmente a la consulta médico-paciente, donde los roles y el desarrollo ya están predeterminados: el paciente solicita la opinión de un médico para resolver sus problemas de salud, en un lugar específico y siguiendo todo el protocolo de la consulta médica: se pregunta, se revisan síntomas y se diagnostica. Sin embargo, la subversión de los roles se da desde el diálogo propuesto por el médico, que no es aceptado por don Juanito. Este asume el intercambio como cotidiano, entre dos hombres que se conocen y platican, de usted a usted. Podemos hablar de un guión imaginario, del médico, que es violado, ya que más allá de los lugares que cada uno debería ocupar como paciente y médico, las condiciones para que estos roles se cumplan no están dadas, pues se trata sólo de un encuentro fortuito y no de una consulta. Por otra parte, las dos intervenciones del intercambio obedecen a un par adyacente; hay una pregunta que exige una respuesta.

Analizaremos ahora el rejuego entre actos discursivos, posiciones, taxemas e identidad, estudiando los intercambios entre el médico y don Juan. Podemos apreciar que hay un cambio de posición en el intercambio. De entrada, el médico ocupa la posición alta de quien manda en la salud. Pero don Juanito no se asume como paciente y no acepta el poder-saber que el médico quiere ejercer sobre él; por tanto, no acepta ni la posición ni la identidad que le designa el médico (la de paciente). Mediante este acto, el médico pierde la posición que ocupaba y hay un cambio de lugar, de posición alta a posición baja, al ser refutado por don Juanito.

Un taxema (entendido como: clase mínima de sememas en la lengua, en el interior de la cual son definidos sus semas, es decir, su significado) verbal que se puede observar es el espacio, ya que el médico pretende una actitud profesional cuando ambos interactantes están en la calle y no en el consultorio médico. También intervienen los tonos de voz, que corresponden a los actos discursivos de reproche y de autoridad. Estos tonos están fuera de lugar, ya que don Juanito no ha solicitado en la situación los servicios profesionales del médico. Dado lo anterior, don Juan decide ignorar al médico, no aceptar el guión, los roles y la identidad que se derivan de una situación de consulta médica. El médico se propone como un profesional de la salud pero, en la situación cotidiana, callejera, don Juanito no lo acepta como tal. El médico le asigna a su interlocutor el papel y la identidad de paciente, pero éste tampoco los acepta. El diagnóstico del médico no es aceptado y se nota en el tono de desafío con el que don Juanito responde.

Los nombres, pronombres y apelativos son taxemas verbales que expresan las distintas posiciones y la distancia que se establece entre los sujetos; son las huellas de la situación institucional originaria médico-paciente, donde se emplea un “usted” distante, el título de doctor y el “don” para dirigirse con respeto.

Los actos de discurso, en toda situación comunicativa, nos permiten ver la intencionalidad de la interacción: qué es lo que espera cada uno de los participantes y si son coherentes con el desarrollo de la conversación. El primer acto de discurso lo podemos encontrar cuando el médico emite una pregunta y una aserción, mientras que don Juan responde con una negación. Hilando más a fondo, encontramos seis actos de discurso, cuatro que corresponden al médico (pregunta, reproche, orden y amenaza) y dos a don Juan (negación y desafío o reto). El médico propone (rompe con la opinión dominante del pueblo y el “sentido común” del campesino) y don Juan se opone (rechaza o refuta la proposición). El esquema queda de la siguiente manera:

Médico: ¿Qué pasó con usted, don Juanito?... ya no regresó a la consulta

pregunta

reproche

y se tiene que tratar esa diabetes, que no es cosa de juego

orden o sugerencia

amenaza

Don Juan: No, doctor, yo no le hago caso a la enfermedad, pus

negación

(conclusión)

conector

(introducción de la garantía)
la muerte es flaca y no ha de poder conmigo
reto

Los actos de discurso pueden ser vistos como taxemas verbales, marcadores de posición de poder del que los ejecuta. En esta interacción, el doctor entra ocupando una posición alta (pregunta, reprocha, sugiere, amenaza). Sin embargo, don Juanito no acepta la posición baja de paciente y revierte la relación de poder. Niega y reta (un poco al médico y un poco a la muerte) desde su posición de hombre común a un conocido. La posición de los sujetos se vincula con su identidad, es decir, el conjunto de atributos que caracterizan el rol de cada uno de los participantes. En la conversación se puede negociar sobre la connotación (contextual): negociación sobre los implícitos y los sobrentendidos (hay cosas compartidas): se sabe que don Juan está enfermo y que el médico es el indicado para la atención de su salud. El médico abre la interacción y propone la negociación, don Juanito contesta la pregunta, expone, contrargumenta y cierra la interacción, no acepta la negociación, y ésta fracasa. El rejuogo entre los actos discursivos, el rechazo de los roles y las identidades produce un efecto sobre los sujetos. Kerbrat (1980) plantea que todo individuo posee dos caras: la cara negativa es el territorio del yo (territorio corporal, espacial, bienes materiales y secretos); y la cara positiva, que es el narcisismo (el conjunto de imágenes valorizantes que los interlocutores construyen e intentan imponer en la interacción). Toda interacción de dos participantes tiene cuatro caras en juego. En los actos verbales y no verbales de la interacción se llevan a cabo amenazas potenciales para una u otra de las cuatro caras. De ahí viene la noción de FTA (por sus siglas en inglés, *Face Threatening Acts*, ‘actos que amenazan la imagen’).

Los actos del lenguaje se reparten en cuatro categorías: actos que amenazan la cara negativa del que los cumple (en ofrecimientos, promesas,...), es decir, ponen en riesgo su territorio; actos amenazantes para la cara positiva de aquel que los cumple, en excusas, autocríticas,...), son los comportamientos autodegradantes; actos que amenazan la cara negativa del que los sufre (todas las violaciones territoriales de naturaleza no verbal, las preguntas indiscretas y los directivos como la orden, la prohibición o el consejo); y los actos amenazantes para la cara negativa del que la sufre (crítica, refutación, reproche, injuria, insulto, rechazo).

La cara (FTA) del médico se ve afectada, pues el reproche y la amenaza afectan la cara positiva de quien los produce (ya que amenazar o reprochar a otro es mal visto, nos coloca en situación autoritaria). Además, la amenaza es desafiada por don Juan, lo cual provoca que la imagen narcisista del médico también se afecte. Es todo ello lo que produce un cambio de posición conversacional. Al no validarse la recomendación que el médico hace sobre la salud, las posiciones giran y la subversión de los roles institucionales provoca el fracaso de la negociación y la clausura del intercambio. Las intenciones del médico no se cumplen, por tanto sus actos de habla no cumplen sus condiciones de felicidad.

Por otra parte, resaltemos que en el intercambio se puede apreciar que no se garantiza que la negociación tenga “final feliz”. Don Juanito no dice lo que el médico espera y no le informa lo que es necesario, porque no acepta jugar el rol de paciente. Don Juanito no participa tanto como se lo pide el médico, ni le pide nada y cierra el intercambio. Don Juanito no aporta adecuadamente la información que sería pertinente si se aceptase la posición baja y el rol de paciente. Y por último, no da la información correcta y adecuada de lo que el médico le demanda. Y es que las máximas conversacionales son ideales y en los discursos ordinarios nos encontramos de frente con el poder y la ideología, la oposición y la polémica.

El texto refranístico se reproduce constantemente en la enunciación del discurso real y cotidiano, en el uso por los sujetos. En este análisis, las intervenciones, aunque breves, no por eso resultan menos relevantes. Trataremos, pues, también en este caso las categorías de sujeto, deixis, tiempo y modalidad.

El sujeto del refrán es la memoria colectiva, la cultura, según la hemos tratado. De hecho, en esta situación comunicativa hay un enfrentamiento enmascarado por emplazamientos institucionales, saberes y lugares asociados con ellos: uno que corresponde al médico, que remite a un saber científico, fundado en la tradición occidental de la medicina; el otro que es un saber cultural de la medicina tradicional, fundado en la experiencia colectiva y heredado de generación en generación. Encontramos, pues, en la enunciación de este microdiscurso su vinculación con el discurso en su dimensión social, con sujetos que pertenecen a diferentes tradiciones y que hablan desde distintas posturas de poder, desde diferentes memorias.

El *yo* médico, designa al *tú* paciente para el establecimiento de las relaciones de subjetividad. El *yo* y el *tú* tienen que ver con el discurso, presentan reflexividad, son compatibles con el aquí y el ahora. En este discurso sólo apare-

ce el *yo* y el *tú*, no hay desplazamiento de los sujetos a diferentes posiciones enunciativas, sólo el vínculo del refrán con el enunciador colectivo: “la muerte es flaca y no ha de poder conmigo”.

Partiendo de la noción de que el sujeto es multidimensional, en este contexto podemos resaltar las siguientes competencias: la lingüística, en cuanto a que manejan la misma lengua; la comunicativo-pragmática queda limitada, ya que ambos tienen tradiciones de saber distintas y, por tanto, diferentes prácticas; la lógico-argumentativa responde a los saberes que cada uno tiene, así que los argumentos de ambos son poco pertinentes para cada uno; la retórica se ve limitada porque hay un participante a quien no le interesa dejarse convencer y no permite el cuestionamiento; la ideológica, por su parte, nos deja ver cómo cada uno de los sujetos participantes está atravesado por una serie de presupuestos “incuestionables”, que le permiten reproducir la cultura a la que pertenece; y finalmente la cognitiva: la seguridad con la que se defienden los saberes hace a los participantes compartir posiciones de inamovilidad, y, por supuesto, cada uno desde su tradición y su cultura.

Podemos ver claramente que los sujetos pertenecen a colectivos diferentes y que dejan huellas detectables en el discurso: el refrán “la muerte es flaca y no ha de poder conmigo” es una huella cultural que le permite a don Juanito la negación deliberada cuando le dice al médico “No, doctor” antes de enunciar el refrán, pues pone en duda el saber del médico y lo contrapone con su tradición. La individuación se da a través del distanciamiento, que en este caso: *a)* es total, pues no hay titubeos o inseguridad al dirigirse al médico; *b)* es voluntaria, porque habla desde su conocimiento del mundo; *c)* es explícita, porque verbaliza su manera de pensar; *d)* es consciente, porque está en pleno uso de sus facultades; y *e)* es reconocida, porque responde a un patrón de la cultura que le permite cuestionar la tradición científica del médico y éste lo puede interpretar.

En este discurso los participantes representan el lugar ideológico desde las formaciones imaginarias encontradas:

- A** El médico asume que se le necesita.
- B** Don Juanito se siente autosuficiente.

El tiempo se maneja de manera interesante. Al inicio se hace referencia al tiempo crónico pasado: “ya no regresó a la consulta”. El tiempo real es el presente en que “yo no le hago caso a la enfermedad”; y el tiempo futuro manifiesta la confronta-

ción: en “se tiene que tratar esa diabetes” y en la respuesta: “la muerte es flaca y no ha de poder conmigo”.

La modalidad está siempre presente. Se modaliza desde la entrada, con la pregunta, ya que no se hace el reproche en forma directa y en la respuesta el refrán es una manera de evitar la conversación sin lastimar al interlocutor. La respuesta de B presupone una operación mental sobre lo implícito. Las modalidades discursivas se dan como sigue:

Modalidad declarativa (querer o no: no quiero atenderme con usted).

Modalidad interrogativa (responder o no: mi respuesta es negativa).

Modalidad exclamativa (dirigir la atención o no: no atiendo más de lo necesario).

Modalidad imperativa (obedecer o no: no me importa su opinión).

En cuanto a la argumentación podemos ver desarrollado el modelo analítico de Toulmin (1958) en este refrán. El médico es el proponente, a quien designamos como A. Don Juan es el oponente, a quien designamos como B. A expone el discurso y sus argumentos, B el contradiscurso y sus contrargumentos.

Los esquemas argumentativos pueden ser analizados de dos maneras diferentes, según contemplemos el intercambio. Las estructuras posibles del intercambio de argumentos son las siguientes:

A Argumento de autoridad: “Se tiene que tratar esa diabetes”.
(presupuesto reconstruido): “No deseamos la muerte”.

B Contrargumento. Contra la autoridad:
“La muerte es flaca y no ha de poder conmigo”.

A Estrategia de la amenaza y consiguiente argumentopor las consecuencias
(presupuesto): La enfermedad puede dañarlo.

B Yo soy el afectado y soy más fuerte que las consecuencias.
“Yo no le hago caso a la enfermedad”.

Esquema argumentativo.

La problemática: ¿Se debe o no atender la enfermedad?

A Sí, por las consecuencias.

- B** No, porque se asume más fuerte que las consecuencias.
- A** Argumento de autoridad: “Se tiene que tratar esa diabetes”.
- B** Argumento contra la autoridad: “Yo no le hago caso a la enfermedad”.
- A** Argumento por las consecuencias: “No es cosa de juego”.
- B** Argumento contra las consecuencias:
(reconstruido) “la muerte es flaca” (es débil),
(y yo soy fuerte) “no ha de poder conmigo”.

La conclusión explícita podemos reconstruirla como: “no me voy a atender”. Es la réplica a la autoridad. El refrán tiene la función de ley de paso que permite, mediante la aprobación de la voz colectiva, pasar de la premisa a la conclusión sin mayor justificación que la de la cultura: “la muerte es flaca y no ha de poder conmigo”. Lo interesante es que, de hecho, hay un encuentro, un enfrentamiento entre dos memorias, dos culturas de la salud puestas en juego: la de la medicina alópata y la de la medicina popular, la cultura tradicional. Es importante señalar que en la estrategia de don Juan, éste utiliza el refrán para no enfrentar directamente la autoridad del doctor, según el funcionamiento enunciativo, el *yo* se resguarda bajo el manto de *él*, del anonimato de la voz colectiva. El refrán, además, ataca el presupuesto (hay que atenderse, pues no deseamos la muerte) y no la argumentación del médico. Al contestar B directamente el presupuesto de A mediante el refrán, legitima su posición y su memoria, anula la posición de A, pudiendo concluir (implícitamente) “no voy a atenderme” (por lo menos, no fuera de una situación aceptada de consulta).

El lugar común parte de la relación de sustitución entre el muerto y la muerte, personificada, estereotipada en nuestro imaginario (calavera, huesuda). Esa muerte no es ya la parca poderosa que a todos acaba sino que es “flaca”. Se le califica como si fuera humana, y al ser flaca, es débil, por tanto “no ha de poder conmigo” que estoy lleno de carne y fuerza. El refrán permite así la valentona de retar a la muerte y su garantía puede usarse sin necesidad de mayor justificación.

El discurso-refrán, en su aparente simpleza, encierra un recurso de gran potencia que puede funcionar como premisa, ley de paso o conclusión de un argumento. Es un elemento mínimo de memoria cultural que, puesta en acto, actualizada, permite enfrentar al otro mediante estrategias implícitas que posibilitan el

convencimiento, la aplicación o la subversión de la autoridad sin el recurso a la coerción o el enfrentamiento directo. El refrán se utiliza como ejemplo (en el dominio de la inducción) y como entimema (en el dominio de la deducción), y facilita la argumentación. Es, en ocasiones (como en este último contexto analizado), garantía y conclusión a un tiempo.

El refrán es la presentación implícita del argumento, ya que se impone al que escucha una imagen de los hechos sobre los cuales se desarrolla la conversación conforme a lo que busca para persuadir (hacerlo interesante, ameno, verosímil, contundente) utilizando una idea general en la que pueden entrar los ejemplos, los testigos, etc. El carácter de lugar común y la estereotipia de sus nociones hacen que el refrán persuada al auditorio que comparte la cultura y deja al otro imposibilitado de argumentar, a no ser que acuda a otro refrán o bien emprenda la costosa tarea de la crítica de la cultura común.

La cultura mexicana está plagada de géneros cortos. En ella la producción y reproducción de los refranes juega un papel sumamente importante, principalmente en la oralidad y en el habla informal. El refrán es un elemento retórico vital en la conversación cotidiana, es un lugar común fundamental, ligado en muchas ocasiones a estereotipos propios de cada memoria cultural.

Referencias

- AUSTIN, J.L. (1972), *Palabras y acciones*, Buenos Aires, Paidós.
- BAJTÍN, M. (1989), *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI Editores.
- BENVENISTE, É. (1986), *Problemas de lingüística general*, México, Siglo XXI Editores, 2 vols.
- BRIGGS, CH. (1988), *The creativity of tradition in mexicano verbal art*, Filadelfia, University of Pennsylvania.
- COSERIU, E. (1977), *Principios de semántica estructural*, Madrid, Gredos.
- DUCROT, O. (1988), “Polifonía y argumentación”, conferencias del seminario *Teoría de la argumentación y análisis del discurso*, Cali, Universidad del Valle.
- GUZMÁN DÍAZ, J. (1997), *Discurso y refrán*, tesis de licenciatura inédita, México, ENAH.
- (2000), *Análisis del discurso y refranes de la muerte*, tesis de maestría inédita, México, ENAH.

- Haidar, J. (1997), "Las prácticas culturales como prácticas semiótico-discursivas", en Jorge González y Jesús Galindo, *Metodología y cultura*, México, Conaculta, pp. 33-64.
- Hernández Alonso, C. (1986), *Gramática funcional del español*, Madrid, Gredos.
- Jakobson, R. (1986), *Ensayos de poética*, México, FCE.
- Kerbrat Orecchioni, C. (1980), *Dénonciation de la subjectivité dans le langage*, Paris, Armand Colin.
- (1986), *L'implicite*, Paris, Armand Colin.
- Lakoff, G. y M. Johnson (1986), *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra.
- Lotman, I. (1996), *La semiosfera: semiótica de la cultura y del texto*, Madrid, Fronesis/ Cátedra/Universidad de València.
- Lotman, J. (1976), *Semiótica de la cultura*, Madrid, Cátedra.
- ONG, W. (1987), *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, FCE.
- Pêcheux, M. (1969), "Formación social, lengua, discurso", *Arte, Sociedad, Ideología*, 5, México, 1975, original en *Langages* 1975, París, Didier Larousse, núm. 37, marzo, pp. 231-254.
- Plantin, Ch. (1998), *La argumentación, entre el discurso y la interacción*, México (ms.).
- Robin, R. (1977), "El campo semántico de la feudalidad", *Estudios de Historia Social*, 2:3, pp. 185-200.
- Searle, J. (1990), *Actos de habla*, Madrid, Cátedra.
- Thompson, J.B. (1993), *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*, México, UAM-Xochimilco.
- Toulmin, S. (1958), *The uses of argument*, Cambridge, Cambridge University Press.